

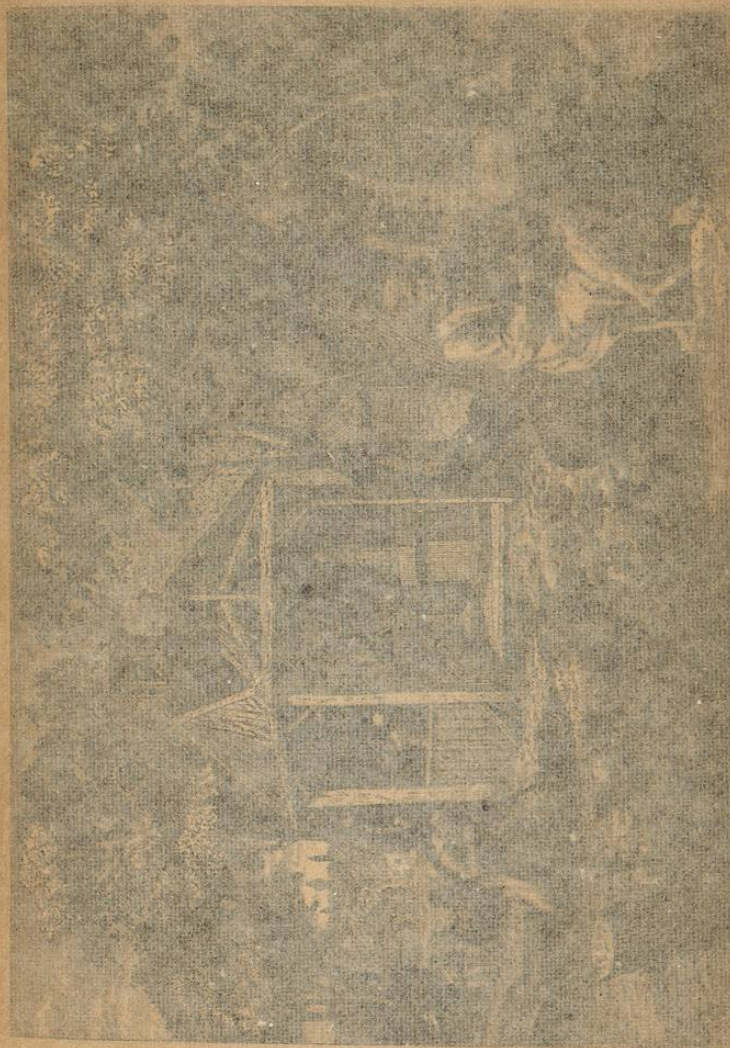
El monje Asclepio vivía á una media legua de san Polícrono, y era una perfecta copia de sus virtudes. Créese que se ejercitaba ántes en la vida cenobítica en unión de otros religiosos que moraban en una aldea inmediata; pero también practicó excelentemente la de los anacoretas siguiendo las huellas de san Polícrono, é imitándolo en el alimento, en el hábito, en los trabajos, en la caridad y en el espíritu de oración y de recogimiento. No sólomente su ejemplo, sino también sus conversaciones respiraban el amor de Dios de que estaba inflamado su corazón, y producían abundantes frutos de santidad en las almas, tanto en la ciudad de Ciro, como en las demás de la diócesis.

Entre las personas que atrajo á la virtud, distingue particularmente Teodoreto á un personaje llamado Jacobo, que se encerró cerca de la ciudad de Nimuzan en una pequeña celda, en que á nadie veía, ni hablaba más que por un pequeño agujero con las personas que venían á pedirle consejo. Sólomente abrió su puerta en consideración á Teodoreto, y se observó que jamás encendía lumbre, ni tenía luz. Tenía más de noventa años, cuando Teodoreto escribió su historia religiosa, hacia el año 440.

SAN MARON Y SUS DISCIPULOS, JACOBO EL SIRIO Y LIMNO ¹

San Marón debe ser considerado como uno de los padres principales de la soledad de la diócesis de Ciro. Teodoreto hace su elogio en muy pocas palabras, pero de ellas se des-

¹ Teodoreto, Baronio, Gennadio y Bulteau.



El santo Anacleto, que a una media legua de san Polifrono, y era una retirada fuera de sus virtudes. Créese que se retiraba para no la vida, convida en unión de otros religiosos que moraban en una cierta montaña; pero también práctico excelentemente en las cosas santas siguiendo las huellas de san Pablo, en el ayuno, en el alimento, en el hábito, en las oraciones, y en el espíritu de oración y de recogimiento. No se imitaba su ejemplo, sino también sus costumbres, y crecieron el amor de Dios de que estaba edificando su convento, y producían abundantes frutos de santidad en las almas, tanto en la ciudad de Caro, como en las demás de la diócesis.

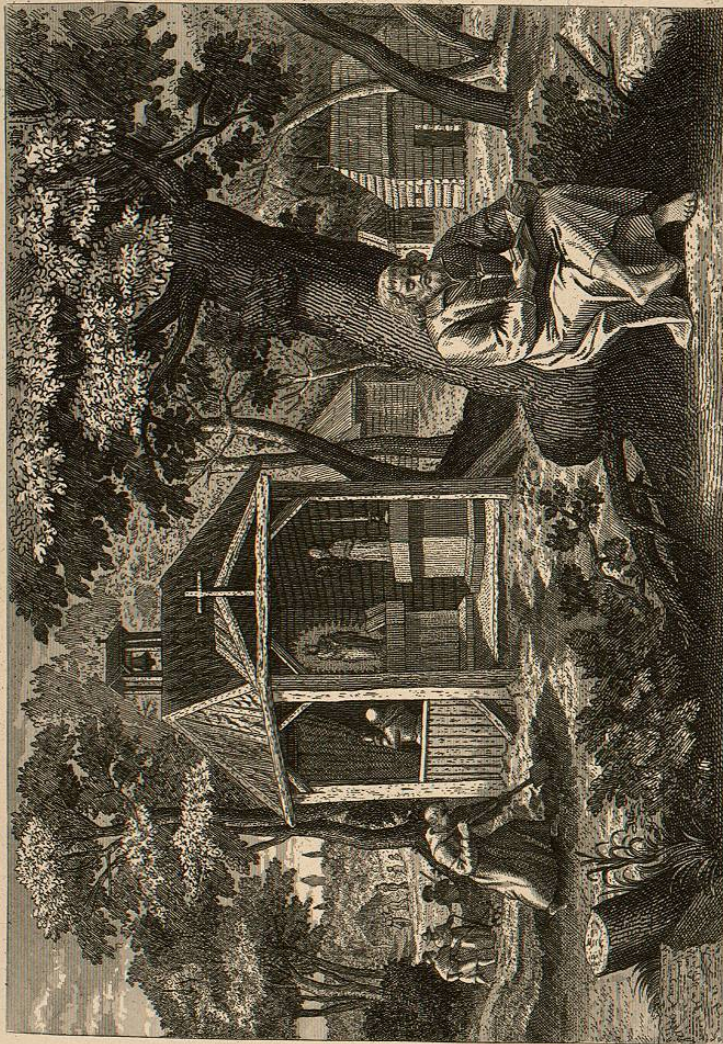
Entre las personas que atrajo a la virtud, distingue particularmente Teodoreto á un personaje llamado Jacobo, que se encontró cerca de la ciudad de Nimozan en una pequeña celda, en que á nadie veía, ni hablaba más que por un pequeño agujero con las personas que venían á pedirle consejo. Este Jacobo abrió su puerta en consideración á Teodoreto, y se abrió que jamás aprendía hambre, ni con las cosas de la vida, cuando Teodoreto escribió su historia sagrada. (parte II año 440)

SAN MARON Y SUS DISCIPULOS, JACOBO EL
SORDO Y LEBROSO.

San Maron debe ser considerado como uno de los padres principales de la iglesia de la diócesis de Caro. Teodoreto hace su elogio en muy pocas palabras, pero de ellas se des-

Teodoreto, Barnabas, Macario y Polifrono.

Tome 5



Coroni. Anax.

Imp. Ch. Anacleto anxi. Paris.

Saint Maron.

San Maron.

prende que se distinguió por su mortificación, por su amor á Dios y por los dones celestiales con que fué favorecido. Nos lo representa como un jardinero que crió para el Señor muchos árboles de virtud y de vida perfecta, y san Jacobo, llamado el Sirio, de quién hablaremos despues de él, y que le formó en la vida religiosa, basta por sí solo para darnos uná perfecta idea de su mérito.

Se retiró á lo alto de una montaña, en que los idólatras habian dedicado en otro tiempo un templo á lo demonios, consagrándola al Dios vivo, y haciendo constantemente oración en ella, edificó una pequeña celda, de que no se servia sino muy raras veces; pues de ordinario vivia al descubierto, como hacian la mayor parte de los anacoretas de este pais. No contento con imitarlos en su rudísimo género de vida, inventó, dice Teodoreto, nuevas austeridades, para acumular más y más en su alma los tesoros de la sabiduría evangélica.

Este soberano Maestro, por cuyo amor sufrió tantos trabajos, le recompensó con usura, aún en esta vida, colmándole con los dones de su gracia. Le concedió con tanta plenitud el don de curar toda clase de enfermedades, que, de cualquiera naturaleza que éstas fuesen, desaparecian con sus oraciones. Su reputación se extendió á todas partes: todos acudian á él, y ninguno que imploraba sus auxilios quedaba defraudado en sus esperanzas.

Pero si habia sido dado por Dios como médico que curase las enfermedades corporales, no era ménos feliz en prestar eficazísimo remedio á las espirituales. Hablaba con energia contra los vicios: daba excelentes instrucciones para la práctica de las virtudes cristianas, y acompañando á sus palabras la unción del Espíritu Santo, tuvo el consuelo de ver convertidas á muchas personas. « Con esta santa agricultura, dice Teodoreto, hizo crecer muchas plantas en la virtud, y ofreció á Dios este admirable jardin que hoy

existe en la diócesis de Ciro. » Esto nos indica que san Marón fué como el padre de casi todos los monjes que florecieron en tiempo de este historiador en las soledades de este país, y que entre los monasterios que fundó, hubo uno en el territorio de esta diócesis.

Teodoreto no conoció á este Santo, pero sí á Jacobo, su principal discípulo. Tampoco nos dice la edad en que murió; pero dá á entender que era muy anciano, pues termina su elogio diciendo, que una enfermedad de pocos días, dió á conocer el desfallecimiento de sus fuerzas, pero que conservó hasta el fin el vigor de su naturaleza.

Como habia estado en gran veneración durante su vida, los habitantes de la comarca se disputaron la dicha de poseer su santo cuerpo; pero habiendo acudido los de una aldea vecina y muy numerosa, obligaron á los demás á retirarse, y se apoderaron del precioso tesoro. Edificaron sobre su tumba una grande iglesia, en la que se celebraba su fiesta con extraordinaria solemnidad. Así es que, aún cuando habia deseado muy ardientemente, como hemos visto en el capítulo precedente, ser sepultado con san Zebinas, la Providencia lo dispuso de otro modo, sin duda para que fuese honrado con un culto especial en esta iglesia.

San Jacobo, llamado el Sirio ó de Ciro, y á quien por este segundo nombre es fácil distinguir de otros solitarios del mismo nombre, era el más anciano de los que vivían en tiempo de Teodoreto: pues los demás habian ya muerto. « Después de haber consagrado, dice, algunas palabras á relatar los generosos combates de estos atletas, cuya virtud ya ha coronado el Señor, vengamos á los que todavía viven, y se esfuerzan por superar con sus trabajos á los que les han precedido. Demos principio por Jacobo, ilustre personaje, puesto que es mayor en edad, y ha superado en trabajos á los que se esforzaron en imitarle en un género de vida tan maravillosa y extraordinaria. » Este historiador

no es el único que le da el título de grande, otros también se lo han dado así como el de taumaturgo, y merece el uno y el otro, tanto por su eminente virtud como por los prodigios que obró, y que fueron, como dice el mismo historiador, dignos de los apóstoles.

Vivió en un principio bajo la disciplina de san Marón, y como este Santo habia añadido nuevas austeridades á las que ántes que él habian practicado otros anacoretas, él sobrepusó á las de éste, y se condenó á los más rudos trabajos para satisfacer á sus deseos de inmolarsé á Dios por medio de la penitencia. No se entregó desde luego á ella con todo su ardor, sino que empezando por trabajos menores y fáciles, se fué preparando gradualmente á los mayores y más difíciles. Así es que empezó por encerrarse en una pequeña celda, en que, alejado del ruido y tumulto del mundo, se ocupaba sólomente y con más libertad de espíritu en la contemplación de las cosas divinas, y se disponía á la perfección de la virtud, que constituía el único objeto de sus deseos.

Cuando se sintió con suficiente fuerza y ánimo para emprender mayores combates, fijó su morada en lo alto de una montaña, a treinta estadios, ó sea á legua y media de Ciro. Hacía treinta años que practicaba la penitencia, cuando Teodoreto escribía su historia, y era tal esta penitencia, que este célebre escritor no vacila en ponerla sobre la de su padre espiritual. « Pues si éste, dice, no tuvo otra casa que las ruinas de un templo consagrado á los demonios, y por hábito pieles de cabra que le preservaban de la lluvia y de la nieve, Jacobo no tenía ni casa, ni techo, ni cabaña. El cielo le servía de techumbre, de suerte que, expuesto á todas las inclemencias del tiempo, unas veces estaba mojado por la lluvia, otras transido de frío, otras abrasado por los ardientes rayos del sol, y todo esto lo sobrellevaba con ánimo inquebrantable, y cual si su cuerpo estuviese destituido de toda sensibilidad. »

Se esforzaba, continúa este historiador, en vencer la debilidad de su cuerpo con la fuerza de su espíritu. Aunque de una carne mortal y pasible, obraba cual si fuese impasible, y aunque cargado con el peso de su cuerpo, vivía como si no lo tuviese. Así es que podía decir con el Apóstol: *Aunque andamos en carne, no militamos según la carne: porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosísimas en Dios para destruir fortalezas, derribando consejos y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo a cautiverio todo entendimiento, para que obedezca a Cristo*¹.

Hace notar Teodereto una circunstancia particular de su vida austera, y que no podía ménos de serle muy trabajosa, y es que no teniendo, como hemos dicho ni techumbre, ni paredes, ni vallado que pudieran resguardarle, estaba siempre expuesto á ser visto de las personas que venían á la montaña con objeto de verle, lo cual le molestaba mucho. Añade el mismo historiador, que tuvo que sufrir muchas molestias á causa de una enfermedad en que la modestia y la decencia religiosa exigían que estuviese solo. Consistía esta enfermedad en un derramamiento de bilis acompañado de disentería y de fiebre, que le había reducido á extrema debilidad.

Hallábase, por lo tanto, expuesto á las miradas de todo el mundo, sin que nadie pensase retirarse para dejarle en libertad de hacer sus necesidades. Apercibióse Teodereto que estaba presente, y rogó al pueblo que se retirase para dejarle solo; pero después de muchos ruegos y amenazas, lo consiguió á la caída de la tarde. Mientras tanto el Santo resistió á la violencia de la naturaleza, y esperó á que llegase la noche para que nadie pudiese verle.

A la mañana siguiente vino Teodoreto, y observando

¹ 1 Cor. x, 3-5.

que el calor era muy grande, por ser verano, quiso procurarle alguna sombra, y sin proponérselo directamente, porque por mortificación no había de consentirlo, le dijo que no podía soportar los ardores del sol. El Santo entonces se apresuró á clavar algunas estacas en la tierra, sobre las cuales puso unas pieles, rogando a Teodoreto que se pusiese bajo esta tosca cubierta; pero este le respondió: Sería vergonzoso para mí que, siendo jóven y robusto, aceptase este alivio; mientras que vos, abrasado por ardiente fiebre, lo rehusais. Si quereis, pues, que yo me ponga á la sombra, hacedlo vos también, y no me obligueis á separarme de vuestro lado.

Por consideración á Teodoreto consintió el Santo, y cuando hubieron tomado asiento bajo las pieles, el mismo Teodoreto, que quería que se acostase para que sufriese ménos, le manifestó que no podía estar siempre sentado, y que debían ambos acostarse en la tierra para poder hablar más fácilmente. Consintió también el Santo, y pudo observar Teodoreto que llevaba bajo el hábito gruesas cadenas de hierro, que rodeaban su cuerpo desde el cuello hasta la cintura: Padre mio, le dijo, la fiebre que os devora debe servir de penitencia: haríais muy bién, para no aumentar el desfallecimiento que os aniquila, en quitaros las cadenas que volvereis á tomar cuando esteis mejor. » El humilde Jacobo no resistió á la voluntad de su obispo, y con este alivio se encontró curado al cabo de algunos días. Esto acaecía al principio del episcopado de Teodereto, pues dice que era jóven y robusto.

Cayó después el Santo en una enfermedad aún más peligrosa, y como no era de esperar que saliese de ella, se reunieron muchas personas de las cercanías, para enterrar su cuerpo cuando espirase. Había caído en un total desfallecimiento, y estaba destituido de todo conocimiento, cuando esta gente se agrupó en torno de él. Muchos le